



Il tuo lavoro è un'opera

Assemblea Generale
di Compagnia delle Opere

Interventi di Bernhard Scholz,
don Julián Carrón, Giorgio Vittadini

Domenica 16 novembre 2008

Compagnia
delle Opere



Tu trabajo es una obra Asamblea General de la CdO

Bernhard Scholz (Presidente de la Compañía de las Obras)

“Tu trabajo es una obra”. El tuyo, el mío, nuestro trabajo tiene un valor que no tiene como medida el éxito, los beneficios, la carrera, el poder, sino tu corazón. El corazón que se expresa, que arriesga para transformar la realidad en una morada más correspondiente a sus exigencias, una morada donde la caridad y la belleza son de la casa.

Para nosotros es una experiencia que queremos profundizar juntos en un momento que denominamos crisis financiera, pero que en el fondo es una crisis de lo humano, una crisis de una humanidad perdida. Se ha creado el fantasma del homo economicus que oculta siempre más al hombre real. Se estaba olvidando al homo vivens, el hombre viviente, que nosotros queremos exaltar: el hombre que desea, que crea, que se equivoca, que recomienza.

Así también se ha perdido el sentido del trabajo, del esfuerzo humano y se ha pasado a la ilusión que los beneficios y las finanzas se auto producen. Sin embargo, este acceso directo, propuesto y defendido por ilustrados economistas, ha demostrado ser un callejón sin salida.

Tenemos que encontrar nuevamente el camino, un camino que será, con toda seguridad laborioso, en muchos momentos cuesta arriba, un camino justo que parta del trabajo útil y que nos permita volver a tomar conciencia del valor infinito de cada gesto que realizamos.

El tema elegido para este día estaba pensado antes de que la crisis estallase, porque desde hacía tiempo éramos conscientes que algo no cuadraba. Nos estábamos fijando demasiado en el beneficio. Es necesario restituir todo su valor al trabajo.

Hemos pedido a todos los miembros de la Directiva que nos hagan llegar preguntas sobre este tema y hemos elegido dos de ellas.

La primera pregunta que quisiera plantear a Julián Carrón toca un tema que aparece muy a menudo en las intervenciones y que tiene que ver con una contradicción existencial: por una parte, el trabajo es vivido como una condena, como una especie de desgracia inevitable ante la cual uno no tiene más remedio que rendirse cuando no consigue evitarla; por otra, se vive el trabajo como una exaltación emotiva, sobre todo en los momentos de éxito (económico, de carrera), y algunos lo viven incluso como una droga, para caer después en una profunda depresión.

La pregunta, por tanto, es ésta: ¿cómo es posible vivir el trabajo como un sujeto libre, que no depende de las circunstancias, sino que es capaz de afrontarlas? ¿Cuál es el significado del trabajo?

Julián Carrón, Presidente de la Fraternidad Comunción y Liberación

Como bien dices, el trabajo puede convertirse en una exaltación o en una condena, porque cada uno lo vive de la misma manera en que se concibe a sí mismo, pues el trabajo es una expresión de lo que se es. Con el trabajo sucede lo mismo que con la vida, sobre todo cuando uno se piensa a sí mismo de un cierto modo. Si uno se concibe aislado, si parte sólo de sí mismo, tendrá momentos de exaltación o depresión. Esto pone de manifiesto la paradoja del hombre, su grandeza y su

pequeñez: por un lado, aspira a realizar cosas inmensas, pero, a la vez, es consciente de su indigencia abismal. El hombre que se concibe de forma aislada, autónoma, sin vínculos, depende casi inexorablemente de estos ciclos de exaltación o depresión, momentos en los que toca el cielo con los dedos y se cree Dios, y momentos en los que desciende hasta el abismo y se considera nada. ¡Cuántos habrán tenido esta experiencia en estos días de turbulencias financieras!

También la Biblia reconoce esta paradoja, como se describe de forma espléndida en el Salmo 8: «Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, / la luna y las estrellas que has creado, / ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él, / el ser humano, para darle poder? Lo hiciste poco inferior a los ángeles [siendo nada], lo coronaste de gloria y dignidad; le diste el mando sobre las obras de tus manos, todo lo sometiste bajo sus pies» (Sal 8,4-7).

Este es el reconocimiento de la grandeza y la pequeñez del yo. Pero el hombre religioso, como vemos en el salmo, vive esta paradoja dentro de una relación que le sostiene, que ilumina su esencia e impide el engaño de creerse Dios o de creerse nada –dependiendo del éxito–, y esto le permite trabajar en paz, caminar en paz, dando un sentido al trabajo que, como dice el Salmo, es colaborar con el Creador en la perfección de Su obra. Esta es la relación que sostiene al hombre, que le permite volver a comenzar sea cual sea su circunstancia. Sólo así es posible encontrar una respuesta a la pregunta de cómo se puede vivir el trabajo como un hombre libre, sin ser esclavo de las circunstancias. Y vivir así no depende del tipo de trabajo que se haga, ni de sus condiciones, sino del grado de humanidad del sujeto.

En otro encuentro, en el que estaríais muchos de vosotros, cité la carta que un universitario escribió a una amiga suya, antes de someterse a una operación en la que falleció. Tenía que examinarse y le escribió lo siguiente: «Hacer un examen es algo que todos hemos hecho en nuestra vida, y no es nada extraordinario. Esto es lo que pensaba antes de haber conocido a personas que me han obligado, a través de una verdadera revolución, a preguntarme si estaba viviendo seriamente mi vida. Dentro de pocos días, como sabes, ingresaré en el hospital para hacerme un trasplante de médula, y te preguntarán: ¿qué tiene que ver esto con mi examen? Si no fuese del movimiento, si no hubiese aprendido en el movimiento a considerar el estudio como una oportunidad fantástica de búsqueda de la verdad, de dar un sentido a mi vida y de expresar un juicio total sobre ella, haría ya tiempo que me habría quedado en casa tranquilo, esperando a que llegase el momento de la operación. Tal vez habría leído algún libro, o los periódicos; pero fundamentalmente habría malgastado los días en la búsqueda pasiva y desesperada de algo que hiciese pasar más rápido ese tiempo de espera antes de la “guerra” (porque es como ir a la guerra). Al estudiar para el examen, el vacío del tiempo no ha llenado mis días, sino que ha sido mi persona la que los ha llenado. No era el vacío el que dictaba el ritmo de mi vida: lo he hecho yo, yo he sido dueño y señor de mi día. Estudiaba Derecho Civil, afrontaba día tras día los temas, feliz de ese poder que aún tenía sobre el día y, en definitiva, sobre mi vida [en esto consiste el protagonismo: ¡hasta el último instante!]. Y si me hubiese quedado indiferente, viendo el transcurrir del tiempo, me habría convertido en esclavo suyo, me habría consumido sin apenas darme cuenta. Hoy me siento feliz por haber superado este examen, pero ayer ya estaba orgulloso de mí mismo, me sentía realizado como hombre porque sabía que estaba esperando contra toda esperanza».

Esta carta testimonia cuál es la utilidad de la vida y del trabajo. «La utilidad [de lo que uno hace, como vemos en el ejemplo citado] existe independientemente de lo que uno hace, pues está ligada –dice don Giussani– a la conciencia con la que se actúa, y en esto consiste la libertad. Si el valor de una acción está en sus circunstancias, entonces ya no hay libertad, porque dependemos de la casualidad. Pero la libertad se halla en la conciencia de aquello que uno hace [que uno vive de forma libre]».

Sólo de esta forma el trabajo no se convierte en una condena, como tampoco el examen, sino que forma parte del camino hacia el destino, es decir, hacia la plenitud

del yo. A la luz de la muerte de este chico, se comprende cuál es el alcance único de su gesto, de su forma de actuar. ¿Quién le iba a decir a él que así se estaba preparando para dar el paso definitivo al destino? Pero ya, antes, tenía esa conciencia, que le hacía libre incluso en su enfermedad. Para poder vivir así, hace falta encontrar a alguien que nos ayude: ser dueño, señor, no esclavo, ni estar sometido a la circunstancia. Para vivir con libertad y no como un condenado, es necesario comprender, al igual que él, el significado del trabajo.

¿Y cuál es ese significado? Entender el sentido de una acción, sea extraordinaria o banal, quiere decir comprender el nexo entre ella y el destino, el cumplimiento de la vida, la plenitud del yo. Esto implica una concepción adecuada de uno mismo. El hombre está hecho, constituido por un deseo de infinito. Mirad cómo lo describía don Giussani hace años: «El trabajo es expresión de nuestro ser. Esta conciencia es lo que permite respirar verdaderamente al trabajador que está durante ocho fatigosas horas delante de su banco de trabajo, así como al empresario que está decidido a desarrollar su empresa. Pero nuestro ser –eso que la Biblia llama “corazón”: coraje, tenacidad, astucia, esfuerzo– es sed de verdad y de felicidad. No existe ninguna actividad, desde la más humilde del ama de casa a la más genial del arquitecto, que pueda sustraerse a la búsqueda de la satisfacción plena, de la plenitud humana: sed de verdad, que parte de la curiosidad por adentrarse en el enigma misterioso de la investigación; sed de felicidad, que parte de la instintividad y se ensancha hasta alcanzar esa concreción digna que es lo único que puede salvar al instinto de corromperse por un falso y efímero goce. Este corazón es lo que impulsa cualquier empresa que lleves a cabo. Toda la vida está obligada por esta lógica: no existe ninguna otra fuente de energía que obligue y posibilite más que esta actividad todos los aspectos, incluso los más pequeños, del trabajo que realizas» L. Giussani, *El yo, el poder, las obras*, Ed. Encuentro, Madrid 2001, pp. 85-86).

Aquel que comprende esta verdad elemental sobre la vida se da cuenta, por una parte, de que ese deseo de cumplimiento es lo que le hace trabajar, pero también, por otra, de que ninguna realización de este trabajo, ningún resultado –sea cual sea el grado de éxito–, puede bastar para llenar ese deseo de plenitud que constituye su persona. Resulta verdaderamente lamentable, si no trágico, ver hasta qué punto alguien que haya realizado grandes descubrimientos científicos, por ejemplo, puede olvidar una evidencia tan clara. Este olvido está en el origen de esa impresión del trabajo como condena, impresión que asalta al hombre que cree poder conseguir realizarse con lo que hace. La espera del corazón humano es infinitamente mayor que sus acciones. Aquí radica la grandeza única del hombre.

Por este motivo, sólo existe un camino para que el trabajo no se perciba como una condena sino que, como nos testimonia este chico, se convierta en un camino al destino, es decir, un paso hacia el Único que puede cumplir el corazón del hombre: el Misterio. Tal razón es la causa de que don Giussani diga que la obra, el trabajo, «en el fondo, es una plegaria abierta tanto al sentido religioso de quien tiene fe como de quien no la tiene, porque el sentido religioso, tal y como lo hemos descrito, lo tenemos todos» (ibidem, p. 86). He aquí la tragedia: creemos que se puede eliminar esto del horizonte de la vida.

La única condición necesaria para evitar esta tragedia es que estemos disponibles a reconocer a este Misterio -atestiguado por la exigencia infinita del corazón- y, además, a dar los pasos necesarios en la relación con Él. Sólo quien acepta el desafío de esta posición vertiginosa puede comprender cuál es el sentido del trabajo y ser capaz de realizar el esfuerzo que implica, sin desanimarse ante los eventuales fracasos.

Para acompañarnos en nuestro camino, el Misterio se ha hecho carne: se ha hecho compañero nuestro y nos ha desvelado el sentido del trabajo. Jesús de Nazaret es el Hijo de Aquél de quien Él mismo dice: «Mi Padre sigue actuando», es decir, mi Padre es el Eterno Trabajador, y por eso, al hacerse hombre, nos ha mostrado cómo

vivir el trabajo. Si nos identificamos con Él, podemos vivir el trabajo como lo vive Él, es decir, como relación con el Misterio.

No se trata de imaginaciones nuestras. A lo largo de los siglos se ha demostrado que dicha modalidad ha introducido en la historia un nuevo concepto de trabajo, un amor por el trabajo. Recientemente nos lo recordaba el Papa: «En el mundo griego el trabajo físico se consideraba tarea de siervos. El sabio, el hombre verdaderamente libre, se dedicaba únicamente a las cosas espirituales; dejaba el trabajo físico como algo inferior a los hombres incapaces de la existencia superior en el mundo del espíritu. Absolutamente diversa era la tradición judaica: todos los grandes rabinos ejercían al mismo tiempo una profesión artesanal. Pablo, como rabino y luego como anunciador del Evangelio a los gentiles, era también tejedor de tiendas y se ganaba la vida con el trabajo de sus manos: no constituye una excepción, sino que sigue la común tradición rabínica. El monaquismo ha acogido esa tradición: el trabajo manual es parte constitutiva del monasterio cristiano. San Benito habla en su Regla no propiamente de la escuela, aunque la enseñanza y el aprendizaje [...] en ella se daban por descontados. En cambio, en un capítulo de su Regla habla explícitamente del trabajo (cf. cap. 48). Lo mismo hace Agustín, que dedicó al trabajo de los monjes todo un libro. Los cristianos, que con esto continuaban la tradición ampliamente practicada por el judaísmo, tenían que sentirse, sin embargo, cuestionados por la palabra de Jesús en el Evangelio de Juan, con la que defendía su actuar en sábado: “Mi Padre sigue actuando y yo también actúo” (Jn 5, 17). El mundo grecorromano no conocía ningún Dios Creador; la divinidad suprema, según su manera de pensar, no podía, por decirlo así, ensuciarse las manos con la creación de la materia. “Construir” el mundo quedaba reservado al demiurgo, una deidad subordinada. Muy distinto el Dios cristiano: Él, el Uno, el verdadero y único Dios, es también el Creador. Dios trabaja; continúa trabajando en y sobre la historia de los hombres. En Cristo entra como Persona en el trabajo fatigoso de la historia. [...] Dios mismo es el Creador del mundo, y la creación todavía no ha concluido. Dios trabaja... [parecería un chiste, si no fuese verdad]. Así, el trabajo de los hombres tenía que aparecer como una expresión especial de su semejanza con Dios y el hombre, de esta manera, tiene capacidad y puede participar en la obra de Dios, en la creación del mundo. Del monaquismo forma parte, junto con la cultura de la palabra, una cultura del trabajo, sin la cual el desarrollo de Europa (¡atención! estamos hablando de la mística), su ethos y su formación del mundo son impensables. Ese ethos, sin embargo, tendría que comportar la voluntad de obrar de tal manera que el trabajo y la determinación de la historia por parte del hombre sean colaborar con el Creador, tomándolo como modelo. Donde ese modelo falta y el hombre se convierte a sí mismo en creador deiforme, la formación del mundo puede fácilmente transformarse en su destrucción» (Benedicto XVI, Encuentro con el mundo de la cultura en el Colegio de los Bernardinos, París, 12 de septiembre de 2008).

Aquí os habéis reunido personas implicadas en muchos aspectos del trabajo: o existen “monjes” modernos que tengan una concepción así de lo que es trabajar y sepan educar en ello, o difícil será, por la indiferencia de muchos de nuestros jóvenes, que se inserten en el mundo adulto y colaboren con el destino de todos.

Por este motivo, encontrar en Cristo el sentido de la vida no nos ahorra el trabajo, pero nos sitúa, al igual que a los monjes, en las mejores condiciones para hacerlo como hombres y no como esclavos. Él es quien nos desvela el sentido pleno del trabajo; por eso podemos comenzar a trabajar de forma plena, como expresión de nuestro amor a Cristo, porque existe este amor que permite trabajar con un sentido y con un significado adecuados a nuestra esencia humana.

Bernhard Scholz

La segunda pregunta, que hemos elaborado, evidentemente, como síntesis de muchas otras, tiene que ver con el trabajo como recorrido de conocimiento, porque se

comprende, se intuye, que el trabajo introduce en el significado de las cosas, en un conocimiento más profundo de uno mismo. ¿Cómo es posible, entonces, vivir bien el aspecto educativo del trabajo, es decir, aprender a trabajar y trabajar aprendiendo?

Julián Carrón

Mi respuesta consta de tres puntos sintéticos:

1. Para aprender a trabajar es necesario que estemos dispuestos a hacer “un trabajo dentro del trabajo”. Hace falta, por tanto, una educación que nos permita tener una experiencia distinta del trabajo, más humana, más capaz de realizar la vida y de cumplirla, como hemos señalado antes. Si no es así, el trabajo se convierte en nuestra tumba, en nuestra condena, en el lugar donde uno se ahoga esperando a que se acabe para empezar a vivir en el tiempo libre, como le sucede a la mayoría de la gente.

Para ello, en primer lugar, es necesario reconocer que necesitamos aprender a trabajar; en segundo lugar, hace falta una disponibilidad para aprender, porque no es fácil. No resulta fácil para un adulto aceptar que tiene que aprender lo que ya pensaba saber. Ya lo he contado muchas veces: lo que me ha salvado la vida es haber aceptado aprender lo que ya creía saber.

Aquí empieza un recorrido de conocimiento. En el trabajo, al igual que en la vida, se nos plantea continuamente una pregunta: ¿qué sentido tiene el trabajo? ¿Por qué lo hago? Que es como decir: ¿qué tiene que ver el trabajo conmigo, con mi destino, con mi realización?

2. Para responder a esta pregunta no basta con la conciencia de la necesidad y la disponibilidad para hacer “un trabajo dentro del trabajo”. Hace falta una hipótesis sobre el significado del trabajo capaz de ofrecerme un camino practicable. Sabemos bien que no bastan nuestra buena voluntad ni nuestro esfuerzo. ¡Cuántas veces lo habréis intentado! Estos intentos son nobles, pero tristes, porque no han logrado alcanzar su objetivo. Todos lo hemos intentado mil veces sin resultado. Y aquí nos topamos con la impotencia: tenemos que ser leales con nosotros mismos para reconocerla. Por eso necesitamos encontrar a alguien que nos ofrezca una hipótesis que podamos verificar en la realidad. Como la ha encontrado el universitario cuya carta hemos leído. Parece insignificante, pero en el ejemplo de ese chico están todos los factores que nos ayudan a comprender.

Todos tenemos una razón para trabajar, todos, pues si no, no podríamos hacer nada: la familia, el dinero, el poder, la sociedad, etc. Toda hipótesis, sea cual sea, está sometida a la verificación de la experiencia, de los acontecimientos, de los imprevistos.

Lo queramos o no, más allá de nuestras intenciones o del empeñamiento con el que la persigamos, sólo en la realidad se verifica la consistencia de una hipótesis. Lo vemos ahora ante la situación económica: ¿cuántas hipótesis se han revelado verdaderas, es decir, duraderas, capaces de desafiar el tiempo y los imprevistos? El cristiano es bien consciente de ello. Por eso, en la medida en que su fe es un principio de conocimiento y acción, y no sólo un sentimiento o una ética, el cristiano sabe que su consistencia no está en ninguna de ellas. Lo recordaba el mismo Pontífice en el Sínodo: «Debemos cambiar nuestra idea de que la materia, las cosas sólidas, que se tocan, serían la realidad más sólida, más segura. Al final del Sermón de la Montaña, el Señor nos habla de las dos posibilidades de construir la casa de nuestra vida: sobre arena o sobre roca. Sobre arena construye quien construye sólo sobre las cosas visibles y tangibles, sobre el éxito, sobre la carrera, sobre el dinero. Aparentemente, estas son las verdaderas realidades. Pero todo esto un día pasará (me parece que no hace falta irse muy lejos para verlo). Lo vemos ahora en la caída de los grandes bancos: este dinero desaparece, no es nada. Así, todas estas cosas, que parecen la verdadera realidad con la que podemos contar –continúa el Papa–, son realidades de segundo orden. Quien construye su vida sobre estas realidades, sobre la materia,

sobre el éxito, sobre todo lo que es apariencia, construye sobre arena. Únicamente la Palabra de Dios es el fundamento de toda la realidad. Es estable como el cielo y más que el cielo, es la realidad. Por eso, debemos cambiar (observad qué tipo de cambio hace falta) nuestro concepto de realismo (es un problema de conocimiento). Realista es quien reconoce en la Palabra de Dios, en esta realidad aparentemente tan débil, el fundamento de todo. Realista es quien construye su vida sobre este fundamento que permanece siempre. Así, estos primeros versículos del Salmo nos invitan a descubrir qué es la realidad y a encontrar de esta manera el fundamento de nuestra vida, cómo construir la vida» (Benedicto XVI, Meditación en la Primera Congregación general, 6 de octubre de 2008).

La demostración histórica de esto es lo que nos decía el Papa sobre el monaquismo, cuando hablaba de su capacidad de reconstruir Europa después de las invasiones bárbaras, cuando todo había caído.

¿Cuál es esta hipótesis que debe buscar un cristiano? La misma en la que pone la esperanza de su vida: Cristo, consistencia de todo y, por tanto, única esperanza que no defrauda. Para nosotros el significado del trabajo es Cristo, esa presencia que invade nuestra vida y la llena de ternura y afecto. Por eso podemos levantarnos cada mañana e ir a trabajar, más allá del resultado, porque estamos llenos de una Presencia que hace distinta la vida y nos permite afrontar todo. Nosotros encontramos en esta Presencia la energía para volver a empezar siempre, incluso desde las cenizas de nuestros errores. Él es el valor de cada acción. Por eso «no existe un instante de inutilidad, un trabajo inútil o menos digno. ¡No existe!», decía don Giussani. «Comprender y vivir esto se llama –en el cristianismo– ofrecimiento. Porque ofrecer una cosa quiere decir reconocer que el valor de esa cosa es el misterio de Cristo».

Para nosotros el trabajo es ofrecimiento, es decir, reconocimiento de que la consistencia de todo es Él, Cristo, y en la medida en que Le pertenecemos, podemos colaborar con Él para dar un rostro más humano al mundo, a cuya transformación colaboramos con nuestro trabajo. Se trata del trabajo hecho desde la memoria de Cristo: lo puede comprender muy bien quien está enamorado. Como dice Guardini: «En la experiencia de un gran amor [...] todo lo que sucede se convierte en un acontecimiento dentro de su ámbito». Todo, incluso el trabajo. En una ocasión me preguntaron cómo era posible vivir la memoria de Cristo en el trabajo, y yo respondí enseguida: «Pero, ¿cómo consigues trabajar sin hacer memoria de Cristo?» (R. Guardini, *La esencia del cristianismo*, Ed. Cristiandad, Madrid 2003, p. 12).

Aquel que se atreve a verificar esta hipótesis ve brotar –dice don Giussani– un resultado inesperado: «Es el concepto evangélico de “milagro”: el milagro es una humanidad que nunca se habría dado como resultado de un proyecto o una operación. No es la plenitud definitiva [...], pero sí una prenda de ella aquí y ahora. El cristianismo ve en este mundo un adelanto del paraíso; una señal que consiste precisamente en que la humanidad mejora allí donde la hipótesis cristiana se acepta y se realiza» (L. Giussani, *El yo, el poder, las obras*, Ed. Encuentro, Madrid 2001, p. 87). Pero hace falta un tercer elemento.

3. Para sostener la tensión del yo hace falta una compañía.

«¿Cómo puede el hombre mantener vivo este “corazón” [este impulso hacia el infinito] frente al cosmos y, sobre todo, frente a la sociedad? ¿Cómo puede mantenerse –preguntaban a don Giussani– en la positividad y el optimismo (porque no se puede obrar sin optimismo)? La respuesta es que el hombre solo no puede, pero sí implicándose con otros, estableciendo una amistad operativa (convivencia, compañía o movimiento), es decir, una asociación más copiosa de energía basada en el reconocimiento mutuo». Me parece que eso es lo que vosotros hacéis en la Compañía de las Obras. «Esta compañía será más consciente cuanto más permanente y estable sea el motivo por el que nace. Una amistad que nazca del interés económico dura lo que dure el juicio acerca de su utilidad. Por el contrario, una compañía, un movimiento

que nazca de la intuición de que el objetivo de una empresa excede los términos de la empresa misma y que ésta es un intento de responder a algo mucho más grande, en fin, un movimiento que nazca de la percepción de ese corazón que todos tenemos y que nos define con hombres, establece una “pertenencia”» (ibidem, p. 87).

Por este motivo, «el sentido religioso [este corazón que tenemos en común] crea dentro de la sociedad movimientos, experiencias de unidad entre los hombres que no viven de abstracciones, sino que desean construir, cambiar la sociedad y sus estructuras, para hacerla más acorde con la imagen verdadera del hombre y con la verdadera medida de sus exigencias». Continúa don Giussani: «Esta es la razón por la que nuestro primer deber es construir lugares, ámbitos en los que se cultive la imagen verdadera del hombre. El valor de nuestros grupos, donde quiera que estén, estriba en construir ámbitos en los que el hombre sea tratado tal y como verdaderamente es. Es necesario comprometerse con el otro no conforme a una idea preconcebida, sino de acuerdo a lo que el otro es por su propia naturaleza» (ibidem, p. 53-54).

Una palabra para concluir.

«Comprobar todo cuanto decimos no es algo que debemos dejar para el final de nuestra vida, cuando lleguemos a nuestro destino, sino que nos espera cada día: en una verdad, en un gusto de vivir y en una capacidad de convivir [en una capacidad de comenzar desde el principio] que fuera de este camino no son posibles. El sentido religioso [lo que el Papa identificaba como el movimiento de los monjes, quaerere Deum, como la razón por la que moverse], si se reconoce, si tratamos de vivirlo con humildad, representa el camino de la persona, del yo, del hombre: el camino de todo ser al que una madre da vida con dolor» (ibidem, p.56).

Gracias.

Bernhard Scholz (Presidente de la Compañía de las Obras)

Muchas preguntas conciernen a la situación actual, la crisis financiera y económica para entender mejor la razón, para comprender mejor los motivos por los que se ha llegado a este punto. Tú has hablado en las últimas semanas de una crisis antropológica que está en el origen de este desastre. ¿Podrías explicarnos qué entiendes con este juicio? ¿Dentro de las posibles previsiones, cuáles son las consecuencias económicas y culturales?

Giorgio Vittadini (Presidente Fondazione per la Sussidiarietà)

PUNTOS FIRMES SOBRE LAS CAUSAS DE LA ACTUAL CRISIS ECONÓMICO-FINANCIERA.

Lo que ha dicho J. Carrón ya habrá hecho intuir cómo la actual crisis está conectada directamente con una infravaloración que el hombre ha hecho de sí mismo. Es un modelo amplio de "hacer finanzas" que lleva a la rendición de las cuentas. Debo decir enseguida que se trata de una crisis epocal no del capitalismo, pero de cierto capitalismo.

Es un sistema de inversiones financieras no garantizadas por un proporcional patrimonio real, que nos lleva a un término ruinoso. Subrayo sumariamente algunos elementos de la crisis.

1. Una de las causas del origen de la crisis es la decisión americana de equiparar los bancos comerciales, vinculados a las inversiones reales, a los bancos de inversión, vinculados a las inversiones financieras y especulativas, sin un adecuado control. Así las finanzas han tenido poco en cuenta el patrimonio de base de los bancos y los intermediarios financieros (su verdadera fuerza). Los créditos de los bancos han sido vendidos a terceros e introducidos en el mercado bajo forma de productos financieros.

Uno de los ejemplos más conocidos son las hipotecas subprime, suscritas por personas con poca capacidad de enfrentarse a las deudas. Además se han creado productos financieros más sofisticados para disminuir el riesgo de insolvencia, con el resultado de no saber qué tipos de créditos contenían.

Cuando la gente ha empezado a no pagar sus deudas, el problema ha estallado, también porque en este punto ha quedado patente que nadie supo cuantificar la enorme cantidad de derivados por el todo mundo. A la falta de transparencia, se ha unido el menor control de la autoridad.

2. Un segundo elemento de la crisis es la ilusión de que las finanzas puedan garantizar para todos una riqueza no alcanzable de otro modo. Ésto es debido a la excesiva facilidad crediticia practicada por Alan Greenspan. Se proveen hipotecas, por ejemplo para la casa - garantizadas por las agencias gubernativas, los famosos Fannie Mae y Freddie Mac (que han sido salvadas en el pasado mes de septiembre), aún cuando la gente no tenía razonablemente modo de devolver la suma prestada. Los mecanismos financieros, que son un instrumento sacrosanto de la economía y que también tienen una más que legítima función social, han sido forzados más allá del límite razonable impuesto por la realidad. Se trata ante todo de una decisión política, ideológica, que se ha aclarado en la ley del refinanciación hecha por la administración de Clinton en el 1999, y que en los Estados Unidos ha sido llamada "populismo económico."

3. En la base de la crisis hay, además, una involución de la concepción de la empresa. Sólo en el 2007 -año ya señalado por la crisis- los banqueros de Lehman Brothers, Merrill Lynch y Morgan Stanley se han atribuido sólo ellos más de 25 mil millones de bonos (stock options, stock grants, etc).

Este es un hecho que se comenta sólo y que habla, en cambio, de una mentalidad ya muy difusa en economía: el fin de la empresa ya no es crecer y crear ocupación, hacer buenos productos, ofrecer buenos servicios a las personas y, así, hacer negocio. El objetivo de la empresa, en cambio, parece ser a corto plazo el negocio tout court: dar dividendos a los accionistas y aumentar el valor de las acciones.

Tenemos a nuestras espaldas años de escasas inversiones industriales y altas inversiones financieras a corto plazo. Este enorme traslado de riqueza de la industria a la finanza, con rendimientos rápidos, ha generado una enorme burbuja en el valor de las acciones, que se ha desinchado inevitablemente también por la situación negativa de la economía. Por ejemplo, la inflación sobre las materias primas ha sido provocada (también y sobre todo), por la voluntad de una "mala gestión" de hacer especulación sobre bienes diferentes de acciones, obligaciones, etc: la pretendida desgracia de ocupar (contagiar) otros mercados porque el propio ya había sido contaminado y destruido. Y todavía hay nuevos principios contables que miden cuánto vale algo en cada momento "sobre el mercado" financiero, lo que pasa es que cuando el mercado "desaparece" en teoría los valores son todos cero.

La paradoja de la situación que estamos atravesando es que el pagano somos todos. El mercado mundial depende de los Estados Unidos: en los últimos 60 años siempre se ha vivido gracias a las exportaciones del mercado estadounidense.

Durante un largo período, América, cuyo PIB está basado por el 70% de consumos interiores, no podrá importar tal como ha hecho en el pasado. Ésto representará una pesadilla para los políticos en Europa y una pesadilla, el riesgo de implosión de China y Asia. China, por ejemplo, hace el 40% de su PIB con las exportaciones. Para nosotros en Europa es igualmente dramático, porque tenemos modelos económicos rígidos. Alemania e Italia, en particular, dependen mucho de la exportación a Asia y a los Estados Unidos. Si los Países europeos se ven en una recesión muy fuerte y los balances de los Estados Unidos van más allá del déficit admitido, la política no podrá controlar los balances y el euro se precipitará. El Fondo Monetario Internacional ha filtrado que podrá ayudar solamente a algunos Países.

Mientras en España se ha registrado el 12% de paro - una cifra enorme - y en Alemania - país que siempre ha tenido el pleno empleo, se ha llegado al 6%.

También las realidades económicas que no han entrado en el juego de las finanzas pueden verse perjudicadas, porque el agujero que se ha creado, según algunas fuentes, equivale a tres veces el PIB mundial y se han comprado en Asia y en Europa estos productos que hoy no tienen ningún valor.

El auténtico daño hecho por Lehman Brothers no ha sido hacer perder duros a un montón de gente por el mundo (este, al límite, es el juego del riesgo financiero); el auténtico daño ha sido destruir el "crédito", que es de todos: la banca italiana, tocada marginalmente por la crisis, presta menos dinero al artesano de su zona (a lo mejor en óptima salud económico-financiera) sólo porque el Lehman Brothers de turno ha fracasado en Nueva York. Ahora sucede que, sobre todo, los intermediarios financieros también cortan los créditos a las pequeñas y medianas empresas, con la consiguiente crisis de producción y, por tanto, de recesión.

ORIGEN ANTROPOLÓGICO DE LA CRISIS

Cuando se trata la realidad de modo parcial, antes o después la realidad se rebela. Se piensa que la empresa puede generar valor y riqueza por ella misma, atado al valor de empleo de bienes y a servicios que sólo puede engendrar su valor de cambio drogado. Nos fijamos en la empresa en términos estáticos de beneficio trimestral, sin considerar la estabilidad en el tiempo de la empresa.

Nos creemos que los financieros, casi nuevos alquimistas, pueden responder mágicamente al justo deseo de mejorar las condiciones de vida de gran parte de la población, (ej. hipotecas para casas, crédito al consumo), superando el límite impuesto por la realidad y la efectiva capacidad personal y familiar de generar capital y devolver los préstamos recibidos.

No se trata ante todo y sólo de un problema moral, sino de concepción.

Las personas que han pensado los mecanismos complejos de la nueva economía, en parte responsables de la crisis, han estudiado en las mejores universidades del mundo, que les han transmitido grandes conocimientos técnicos pero no la capacidad de mirar la realidad que tienen ante sí de modo total, por lo que es, por el objetivo y los límites que tiene.

En general, se ha concebido un desarrollo que pudiera prescindir del equilibrio entre todos los factores de la personalidad del individuo y la humanidad en su conjunto, de la necesidad de preservar e incrementar sus vínculos religiosos, familiares, sociales y de respetar el entorno en el que vive.

Se consideran los valores humanos irrelevantes para la vida económica, para descubrir hoy que la consecuencia más grave de la crisis financiera es una pérdida generalizada de confianza, etimológicamente también en la raíz del "dar crédito" en sentido económico, fundamental no sólo para la vida personal, sino también para la economía real, para la posibilidad de invertir, consumir, hasta para hacer transacciones económicas y financieras y para las relaciones entre Estados.

Bernhard Scholz

En una pregunta que ha llegado dice: "ante esta situación he visto a muchos apelar a un esfuerzo voluntario para cambiar. En este tipo de reclamos, también en medio de nosotros, veo fundamentalmente prevalecer una concepción darwinista del desarrollo económico social en la que los más fuertes lograrán y garantizarán de este modo un bienestar para todos". ¿Es esta la respuesta a la crisis, luchar para que sobrevivan cueste lo que cueste para repartir el mercado? En otras palabras, ¿cuáles son las perspectivas empresariales a seguir en estos años?

Giorgio Vittadini

No sabemos qué sucederá, pero hay un hecho cierto: la renovada importancia que adquieren en este momento la economía real y la economía local, aquella que está más a nuestro alcance, en donde tiene más incidencia nuestra postura verdadera sobre la realidad.

El "fundamento" de nuevas instituciones y su eficacia serán, en la vida cotidiana, determinados por la vitalidad de los sistemas locales. Una creciente literatura pone en evidencia la importancia de las instituciones, en particular informales (valores, cultura), y de vínculos de confianza a nivel local, que permitan individualizar las vías de salida de la crisis cuando los mecanismos clásicos (por ejemplo en el sector financiero) están bloqueados. Tal red local de confianza y de reputación son importantes ya sea como "red de apoyo" (aspecto defensivo) o como factor de innovación y dinamismo (aspecto de apertura y crecimiento). Mientras que para los otros países la interfaz con la globalización viene a través de las grandes empresas, Italia es un país donde viene a través de los modelos locales. La provincia de Timisoara en Rumania es llamada, no por casualidad, la octava región del Veneto. Y no se trata de un gusto o envidia por la "italianidad". También las estadísticas se esfuerzan en recoger los datos, algunas búsquedas muestran cómo el éxito de una parte del empresariado italiano en el extranjero (que está en la base de los saldos de las exportaciones en los años 2001 – 2007) consiste en la propuesta a escala internacional de localismo italiano.

También sobre la existencia de los resultados objetivos apenas recordados, y esenciales hoy, para nuestro país, continuar basando el modelo de desarrollo sobre el principio de subsidiariedad (el principio que pone en el centro a la persona y las iniciativas "de base", no solo funcionalmente, sino como un valor en si). Otros modelos, como el liberalista anglosajón o el nacionalista tecnocrático francés, que tienen méritos indiscutibles, no pertenecen a nuestra realidad y, estoy convencido, no representan una ventaja.

Como sabéis, nuestro sistema productivo está compuesto en gran parte por pequeñas y pequeñísimas empresas, por un número reducido de grandes empresas y de un creciente, pero todavía bajo, número de empresas de mediana dimensión. A causa de las dimensiones pequeñas, nuestras empresas son con más facilidad el modo en el cual la persona pone en juego sus ideas, sus ganas y capacidad de arriesgar, de ganar: quien guía la empresa se identifica con ella y con su capacidad. Esta representa la principal ventaja competitiva.

Todo lo anterior pone en evidencia que lo que se requiere, y se pide de verdad a todos se juega fundamentalmente en dos aspectos: la recuperación de una concepción de la persona, del trabajo y de la empresa que ya es un patrimonio virtuoso de nuestra tradición empresarial, y la disponibilidad al cambio.

Por lo que concierne al primer aspecto, se hace necesario recuperar la conciencia de que en el centro de la actividad económica hay un sujeto humano no reducido, que vive el trabajo como expresión del propio deseo de transformar la realidad.

Don Giussani describe esta dinámica así: “El deseo es como una chispa con la cual se enciende el motor. Todo el movimiento humano nace de este fenómeno, de este dinamismo constitutivo del hombre. El deseo enciende el motor del hombre. Y ahora se pone a buscar el pan y el agua, se pone a buscar trabajo, a buscar la mujer, se pone a buscar el sillón más cómodo y un albergue mas decente, se interesa por cómo algunos tienen y otros no, se interesa por cómo unos son tratados de un modo y otros no, en virtud del agrandarse, del dilatarse, del madurar de este estímulo que tiene dentro y que la Biblia lo llama globalmente corazón”

Como ha dicho Carrón, vivir el trabajo como un hombre libre, sin ser esclavo de las circunstancias, no depende del tipo de trabajo que se hace, ni de sus condiciones, depende del grado de humanidad del sujeto. Esto hace descubrir la dimensión del ofrecer, es decir el reconocimiento de que la propia obra se coloca en un horizonte grande que tiene un significado, para nosotros, establecido por Cristo y, en la medida que colaboramos con Su proyecto, damos un rostro más humano al mundo. Creo que esto constituye la mejor premisa para afrontar de modo “laico” la empresa, considerándola unión de medios y de personas capaces de crear de manera estable productos útiles a otros hombres y a la sociedad en su totalidad. Conectado con la concepción de trabajo así como hemos descrito, es decir, un deseo no reducido de transformar la realidad por un bien.

Es así como este dinamismo, esta capacidad creadora no nos la damos solos. También la empresa es, sobre todo, algo que me ha sido donado. Es mía en cuanto me ha sido dada para mi bien, para el de mis colaboradores, de los accionistas y para el bien común.

De lo dicho emerge con claridad que la centralidad de la persona no es instrumento para algo, sino que tiene un valor en si misma. Ahora todos entienden que la motivación personal, la pasión por el propio trabajo son recursos importantes para el trabajo, el problema es que no se considera nunca lo suficiente que la persona tiene un valor en si, que tiene su origen en su libertad y que no es manipulable. Sino con quien se debe “aliar”.

Normalmente, una persona verdaderamente libre es vista como un impedimento, se prefiere un individuo, aunque no sea creativo, pero más controlable y se considera potencialmente “poco funcional” para un proyecto empresarial quien es rico de otros intereses y vive de sólidos vínculos afectivos y de una pertenencia ideal. Un hombre libre, maduro en sus afectos, vínculos y pertenencia es, además, lo mejor que se puede esperar de una empresa.

Aliarse tiene también un valor último, el destino, la felicidad de la persona es el desafío que se lanza a cada uno, en cada ámbito de trabajo.

Ahora, el método de acción de una empresa así concebida consiste en valorar la experiencia, o en la observación de la hechos, incluso de las diversas teorías

dominantes y de la confrontación de la experiencia dentro de la empresa y entre empresas.

En ciertas experiencias, vividas partiendo de una posición ideal, existe una originalidad que es tutelada, construida, defendida, incrementada y no aplastada. Una determinada impostación, que valoriza lo humano y que no está en contra de los intereses de la empresa, se parte de la experiencia, no hay motivos para ser sometidos a otros criterios.

En la empresa italiana, como praxis, tendencialmente se parte de las teorías y de los métodos que se perciben menos lejanos y se siguen los hechos – antes que cualquier idea sobre ellos - , los ejemplos virtuosos, también en la vida de la empresa, que se encuentran más útiles, constructivos y con una prospectiva y se destacan de las teorías populares cuando se dan cuenta que el modelo ideológico no funciona.

Esta capacidad de mirar la realidad es el fundamento de las características “funcionales” de nuestras empresas, bien sintetizadas por Giovanni Marseguerra: flexibilidad organizativa (con intercambio interpersonal directo, frecuentes e informales), flexibilidad productiva (posibilidad de ofrecer productos personalizados y de adecuar rápidamente la oferta a la demanda), estrecho vínculo con el tejido local (que comporta el conocimiento en profundidad del mercado de referencia y de la posibilidad de un estrecho contacto con los clientes).

Para concluir, hago un inciso sobre la función social que históricamente nuestro sistema de empresa siempre ha tenido.

La primera cosa que subrayo es que lo mejor que puede dar la empresa por el bien común es ella misma, por el mismo hecho de que existe y que opera, difunde una cultura positiva, busca la posibilidad que tiene un hombre en acción, por su capacidad, competencia, conocimiento, energía, voluntad, impulso, gusto al riesgo, pasiones que maduran en su interior.

En segundo lugar, se considera también su acción directa o indirecta contra la pobreza, en particular en la confrontación con los desocupados, que en un tiempo como este, corremos el riesgo de que aumenten dramáticamente y después, más en general, en la confrontación con un incipiente empobrecimiento general: la “relación sobre la pobreza y la exclusión social en Italia”, presentado por Caritas a mitad de octubre, habla de 15 millones de personas que viven en una situación de pobreza o de pobreza incipiente.

LA NECESIDAD DE UN CAMBIO.

La actual crisis es sobre todo una ocasión para darse cuenta de que la empresa italiana ha perdido las características tradicionales que había hecho que nuestro sistema fuese muy competitivo, para declinar en un “aburguesamiento” general que en este momento se pone de manifiesto, sobre todo, en una resistencia al cambio.

La economía italiana, a pesar de sus méritos, se tambaleaba ya antes de la crisis financiera, signo de una necesidad de cambio impuesta por los hechos y que no puede ser postergada.

Desde este punto de vista, se muestra verdaderamente absurda, sobre el perfil de la competitividad, una cierta batalla dirigida a liberarse de la mentalidad católica en el mundo del trabajo.

Los valores de los empresarios están, desde hace tiempo, ahogados a causa de la caída de la tensión ideal y empresarial. Hay un modo de expresar un proceso de aquello que se tiene y se hace que se reduce todo a medida y a un proyecto de breve respiro. Es un decir “mío”, que no me hace libre, sino esclavo. También si se tiene resultados económicos lo hará a corto plazo. Muchos, además de encontrar caminos nuevos para ser competitivos, han pedido subvenciones, ayudas, defensas del mercado.

En el Nordeste ahora se ha difundido el fenómeno del empresario que vende la empresa y vive de “las rentas” (que se alimenta de la bola inmobiliaria) o invierte en

otros lugares, pero deja morir el recurso intangible de la emprenditorialidad (capital humano). Muchos ceden a la tentación de buscar ganancias fáciles vinculadas a ventajas políticas o de pequeños monopolios o de compromiso no virtuoso con la mentalidad dominante, y no a una creación de productos fruto del ingenio.

Otra señal del declive es la reducción del ser humano a "recurso humano", que ha hecho que muchos empresarios y manager sean intrínsecamente incapaces de saber qué hacer con las "personas", en vez de "recursos humanos", de valorar y, por tanto, de invertir en la formación. Además, les cuesta renovar las estrategias y los métodos en los que se basa su sector, innovar, internacionalizar y crear vínculos de colaboración e integración con otras empresas, instituciones y realidades sociales.

Ahora que la crisis nos obliga a cambiar no podemos continuar así por más tiempo. Expresar aquel trabajo dentro del trabajo, aquella educación, que nos permita experimentar un trabajo diferente, del cual ha hablado don Carrón, es una renovada disponibilidad a entrar en discusión, aceptando aprender lo que se creía ya sabido respecto a la empresa, en la realidad que cambia.

El cambio pedido hoy representa una dramática, pero fascinante posibilidad de reinventarse. Si no acogemos esta ocasión descubriendo los valores tradicionales de nuestra empresa y corregimos los defectos, la caída será inevitable.

Bernhard Scholz (Presidente de la Compañía de las Obras)

Pienso que las respuestas y sobre todo la propuesta de don Julián Carrón y de Giorgio Vittadini han focalizado la cuestión que nos puede permitir retomar el camino del que se hablaba al principio, siempre con mayor conciencia y renovada fuerza, para vivir mejor, para trabajar mejor, para construir mejor, con más libertad y más gusto.

Porque frente a las condiciones culturales y económicas que nos propongan, nosotros no somos y no seremos nunca esclavos y rebeldes, sino personas que se juntan para construir con una positividad y una creatividad que nacen del deseo de contribuir al crecimiento del yo, de una morada, de una sociedad humana más verdadera, más correspondiente al hombre.

Queremos simplemente construir obras y promover iniciativas para todos a través del pedazo de realidad que se nos ha dado, teniendo en cuenta los tiempos que corren, tomando las oportunidades que se nos ofrecen, dialogando con todos aquellos que encontramos, siempre listos a corregirnos donde sea necesario.

Queremos responder con nuestro trabajo a las necesidades que encontramos, con aquel criterio ideal que don Carrón nos ha testimoniado; un criterio que se abre y reconoce, que acoge y abraza, que valora y potencia todo; un criterio vivo y presente que nos educa a convertirnos en hombres libres y responsables.

Ahora quiero compartir con vosotros algunos puntos que me parecen importantes para nuestro próximo camino futuro, lleno de incertidumbres y, por tanto, solo afrontable con una gran certeza.

PARTAMOS DE AQUELLO QUE EXISTE, NO DE AQUELLO QUE FALTA.

No existe una economía neutra, como nos ha demostrado Giorgio Vittadini. Los sistemas económicos son siempre la expresión sistemática de una concepción del hombre.

Necesitamos ahora abrir nuevos caminos para el hombre real, el hombre que vive, con los deseos y las necesidades que le surgen, con los talentos y la habilidades que logra, con las relaciones que establece, con su capacidad de dar y recibir confianza. El hombre verdadero que se pone los objetivos, pero permanece siempre junto al Destino que lo cumple.

Cada una de nuestras acciones hace evidente quiénes somos, personalmente y como sujeto social. Cada gesto revela el ideal por el cual vivimos. Primero en la pequeñez de nuestras familias y nuestras obras y después en su proyección pública.

La Compañía de las Obras es entonces un testimonio cultural y económico del criterio y de la experiencia que la origina, si vivimos el trabajo como don Carrón nos lo ha propuesto, si nos presentamos como sujetos nuevos y nuestras obras documentan una humanidad distinta, al menos en nuestra tensión ideal.

Nuestra misma compañía es entonces el testimonio de que es posible vivir el trabajo con un significado que nos llena de satisfacción, también en los momentos difíciles y en los momentos donde la palabra éxito desaparece detrás de los miles de problemas que se acumulan.

Y esto es posible, ya que hoy retomamos la conciencia de este significado, nos reafirmamos en este significado y reconocemos las razones de este significado.

El error más grande que podemos cometer en este momento es tener condicionamientos, vivir las circunstancias con reactividad, sin partir de nuestra experiencia. No podemos no mencionar los riesgos que un momento como este comporta: el riesgo de cerrarse, de volverse cínicos, de convertirse al mismo tiempo en frustrados y pretenciosos.

Nuestra amistad operativa, al contrario, se debe convertir siempre más en un lugar de apertura y de convivencia, de confrontación y de juicio realista y prudente, de apoyo recíproco caracterizado por una última gratuidad y la ausencia de cualquier pretensión.

Una cosa es sufrir una situación dejándose determinar por ella, y otra cosa es afrontarla con la fuerza, el coraje y la inteligencia de algo que está antes de nuestra misma capacidad.

Nosotros no partimos de aquello que falta, sino de lo que existe.

Partimos de una amistad que quizás no podrá resolver todos nuestros problemas, pero podrá siempre despertar la verdad que vive en el corazón de cada uno de nosotros, que nos hace libres de las condiciones, cómodas o dramáticas en las que estemos, y permite afrontarlas con una indomable esperanza.

NOS INTERESA EL PROTAGONISMO DE CADA UNO.

Por todas las razones que hemos escuchado, la Compañía de las Obras no será nunca una asociación que se define a partir de un gran proyecto social a aplicar o de un modelo económico universal a implementar. El objetivo de la CDO es el protagonismo de cada uno. Los principios que nos guían son el de la libertad, la caridad y la subsidiariedad que, más que principios teóricos, son para nosotros una experiencia en acto.

Por esta razón cada uno es importante, cada uno contribuye a la vida de nuestra compañía y, a través de ella, al bien común.

Las teorías y las prácticas económicas muchas veces han reducido al hombre a un actor sustituable, donde la individualidad única e irrepetible cuenta poco o nada.

La realidad dice, al contrario, que es decisiva la persona en su individualidad, también para la economía, y nosotros hemos seguido siempre la realidad que, dicho sea de paso, viene ahora redescubierta por los economistas con el término “dimensión subjetiva” del trabajo, a diferencia de la dimensión objetiva, que se pretendía entender a través de distintos patrones que luego han demostrado que no guardan ninguna relación con la realidad.

Cada uno es importante en su singularidad, cada uno da una contribución que ningún otro puede dar de ese modo. Por la misma razón cada trabajo tiene su dignidad. El desprecio por el trabajo manual es un grave signo de la crisis de la civilización que estamos atravesando. El hombre no es y no será nunca definido por lo que hace, pero lo que hace será siempre expresión de lo que es. Podemos encontrar personas en la cadena de montaje que son más ejemplares (en el sentido literal del término) que otras que tienen funciones más directivas.

COMPARTAMOS AQUELLO QUE HEMOS RECIBIDO.

Por la apertura y la sinceridad que nos han sido dadas, la CDO ha sostenido que los beneficios y la economía son instrumentos importantes e indispensables pero no son objetivos en cuanto tales. La riqueza nace del trabajo y es el trabajo lo que nos permite descubrirnos útiles, capaces de dar una contribución, dotados de talentos, capaces de poder vivir en relación con los otros, de tener vínculos preciosos, de construir juntos, y nos permite afirmar que cada trabajo es una obra: porque cada trabajo construye un pedazo de humanidad nueva.

También este es el motivo por el que entre las obras profit y non profit no existe una diferencia sustancial: la instrumentación es distinta, pero la ruta es la misma, a través de un servicio a la creación de una humanidad más verdadera.

Esta experiencia de trabajo no puede no hacerse partícipe del drama de quien no tiene trabajo. Tenemos tantas iniciativas que se empeñan en sostener a quien busca trabajo, algunos lo hacen profesionalmente a través de instrumentos que les damos también desde la CDO; otros, al contrario, lo hacen gratuitamente después del trabajo, por la noche, o en el fin de semana, sobre todo acompañando a las personas que hacen verdaderamente un esfuerzo para encontrar un puesto de trabajo.

Los bancos de solidaridad, red de manager, los centros de solidaridad, los centros de desarrollo y ocupación y tantas otras realidades sin nombre, son testimonios de una preocupación que sentimos todos y que no podemos delegar. La CDO es de hecho una red donde todos los esfuerzos para ayudar a quien busca trabajo pueden

colaborar todavía con mayor eficacia: profesionales, empresarios, voluntarios, obras de caridad, colaboradores de las sedes de la CDO, cada uno haciendo hasta el fondo lo posible, conscientes que entre nosotros hay personas que hacen lo imposible, para que ninguno que busca trabajo se sienta abandonado.

No será menor nuestro empeño por una reforma del mercado del trabajo, por la formación de profesionales, no será menor nuestro empeño por la introducción de los jóvenes desfavorecidos en las empresas, por aligerar la vida de la empresa de una presión fiscal muy alta y de una burocracia muy pesada, no será menor nuestro empeño por todo aquello que sirve para testimoniar el gran valor del trabajo para la persona.

Pedimos al gobierno nacional y a los gobiernos regionales que mantengan en el centro de sus acciones la prioridad por el trabajo y la ocupación, sin invocar la vía estatista.

Pedimos también sostener a las familias, sobre todo a las familias que deben vivir con ingresos bajos.

A los bancos les pedimos que apoyen a las empresas que lo merecen, centrándose en quienes tienen buenos proyectos empresariales. Intensificaremos el diálogo con el sistema bancario y en particular con la importante realidad de los bancos locales, para que se renueve el vínculo de confianza entre empresarios y las instituciones de crédito, apoyado sobre la colaboración y la disponibilidad en asumir riesgos comunes. A nosotros mismos, esta situación, nos pide encontrar nuevas soluciones a las nuevas o viejas necesidades que se presentan bajo nuevas formas.

Estoy convencido de que nuestra red con las familias se hará todavía más importante y estoy convencido de que las obras existentes encontrarán nuevas formas de ayuda y que las personas que todavía no lo han pensado se podrán convertir en protagonistas de nuevas obras y nuevas iniciativas.

Aquello que hemos recibido revela su grandeza y belleza cuando lo compartimos. Nuestra historia lo demuestra con una sobreabundancia que sorprende siempre de nuevo y estoy cierto que lo demostrará también mañana si permanecemos fieles a nuestro origen.

LA EDUCACION ES MÁS QUE NUNCA UNA PRIORIDAD.

Si es verdad que cada persona singular tiene un valor infinito, si es verdad que no existen sistemas económicos que pueden sustituir la libertad de la persona, entonces es evidente la importancia, la prioridad absoluta de la educación, de una educación a la libertad.

Cuando nosotros hablamos de emergencia educativa no hablamos de un tema entre temas que se trata por un poco de tiempo y después se olvida. La emergencia educativa es una realidad actual: es la realidad de los ojos perdidos de tantos muchachos que buscan tibia o insistentemente una respuesta a sus preguntas, pero no encuentran respuestas que puedan satisfacer la grandeza de su corazón.

Enseguida se contentan con sustitutivos emotivos e ideológicos, como hemos visto en los dos últimos meses de una manera desconcertante. Su grito, consciente o inconsciente, es una búsqueda de un sentido de felicidad que, al menos en nosotros, puede encontrar un acogida y respuesta. Si el problema de la crisis cultural y económica es un problema antropológico, también la respuesta debe ser antropológica y entonces educativa. El futuro depende de la educación de hoy. Por esta simple razón cada inversión de inteligencia, energía y dinero en educación, es una inversión de futuro, y quien lo considera un "costo" o un peaje inevitable, no ha entendido de qué estamos hablando.

Nuestros profesores de DIESE, CDO Obras Educativas, Riesgo Educativo y DISAL se han opuesto, a la par con los estudiantes del CLU, con coraje e inteligencia contra la huelga de las escuelas proponiendo una construcción real del tejido escolar y universitario de nuestro país. Con su capacidad de diálogo se han convertido en interlocutores interesantes también a través de la agenda política inmediata.

La educación es un valor muy importante para ser reducido a polémicas y debates que no dejan tregua. Estamos contribuyendo a la construcción de un sistema escolar realmente al servicio de los jóvenes y de las familias. Se trata de un trabajo laborioso a medio – largo plazo que debe tener como uno de sus capítulos la autonomía escolar y un real reconocimiento de las escuelas paritarias como condición fundamental para un reprender educativo digno de este nombre.

Nosotros defenderemos siempre de todos modos la pluralidad como condición de libertad también donde esta pluralidad es promovida en nombre de presuntos pluralismos o de una cosa llamada “imparcialidad”. A propósito de esto, agradezco a todos aquellos que trabajan por una subsidiariedad que garantice esta pluralidad del sujeto social, en primer lugar a la Región de Lombardía que continúa siendo verdaderamente innovadora en este sentido.

LOS LUGARES DE TRABAJO SON LUGARES EDUCATIVOS.

Pero la educación de la cual hemos escuchado hablar no se limita solo a la escuela, se ocupa de toda la vida y entonces de modo particular el trabajo. Trabajar quiere decir aprender siempre, quiere decir educarse y educar.

Nuestros lugares de trabajo son siempre lugares educativos porque comunican a las personas que trabajan aquello en que creemos. Nuestra preocupación por la introducción de los jóvenes en el mundo del trabajo no debe generar actividades particulares sino generar una atención particular en todas las actividades.

Pero nuestro empeño educativo y también formativo se pierde en discursos más o menos inútiles si no somos nosotros los primeros en dejarnos educar por el trabajo. Deseo con este propósito volver a un testimonio de Francois Michelin, hoy presidente honorario del grupo Michelin: *“He trabajado en la fábrica durante cincuenta años y estoy muy contento de haberlo hecho, porque las dificultades que todos encontramos son el medio más grande que tenemos para ser educados. A menudo se pueden obtener más beneficios de un error que de un acierto, porque cuando se obtienen resultados positivos se corre el riesgo de “reflejarse” sin analizar nada, mientras que delante de un “jaque mate” estamos obligados a estar atentos a la realidad y aprender de ella”*. Y agrega, sobre todo respecto al trabajo de cada uno: *“Si olvidáis la finalidad de aquello que estáis haciendo, vuestra actividad será siempre desagradable”*. (Atlantide N° 13 – I/2008).

Me permito agregar una consideración: a esta actitud no se llega con un sentido del deber o una imposición ética, sino con la simplicidad y la sinceridad con la que uno se pone frente a si mismo y a la realidad que encuentra. Igual que las crisis personales, también las crisis sociales hacen hablar a la realidad con mayor claridad y cortan las excusas, los prejuicios y las ideologías; se hacen más verdaderas.

La educación al trabajo, sobre todo la educación del trabajo, es siempre una educación a la vida misma. Nosotros insistimos sobre el trabajo por amor a la vida, a nuestra vida y a la vida de cada uno. Es la verdad, el cumplimiento, el sentido de la vida lo que nos interesa. Y si hay jueces que permiten morir de hambre y sed a una persona, no podemos no ver esto como el culmen trágico de una profunda crisis cultural que en el fondo tiene la misma raíz de la crisis económica: la vida es considerada como un sucederse de agradables emociones que se convierten siempre más en el objetivo de todo, dejando la vida misma privada de un significado que pueda dar un sentido a las relaciones, al trabajo y también a la enfermedad.

Serán ahora más decisivos los testimonios y entonces la educación que nace de nuestras obras de caridad, el testimonio de nuestros amigos dedicados al cuidado de los enfermos y discapacitados, porque reconocen en los ojos de los que sufren una luz que viene de lejos y que no se apagará nunca, aquella luz tierna y potente que ilumina también los momentos mas oscuros de nuestras existencias.

SOMOS UNA RED QUE GENERA CONFIANZA, EL MATCHING ES UN EJEMPLO.

Concebir el trabajo como una obra, como un servicio a uno mismo, como servicio a quien vive y trabaja con nosotros, al servicio del bien común y profundamente razonable porque corresponde a nuestro deseo de felicidad verdadera, tomando en cuenta todos los factores de la realidad, también de la realidad económica.

La CDO no quiere dar consejos, sino comunicar a través de los hechos. El Matching es un hecho, un hecho que busca crear, en medio de la incertidumbre de la crisis financiera, una red de confianza que pone en el centro el bien de la persona, sus talentos y su capacidad, su creatividad y su tenacidad y no más una ganancia a corto plazo, desvinculada de la base real del trabajo. ¡Como en otros casos también con el Matching andamos contra corriente!

Con este ejemplo particular en el que participarán casi dos mil empresas italianas y extranjeras, la CDO pone sobre los reflectores la economía real, donde los productos y servicios vienen considerados por el valor que tienen, donde la confianza vuelve a emerger como un factor fundamental de la economía misma. Para los dos mil empresarios italianos y extranjeros será una oportunidad de establecer relaciones, de cambiarse informaciones y experiencias creando de este modo una red entrelazada por el protagonismo responsable de cada uno. En medio de las incertidumbres surgidas por la crisis financiera, el Matching es un signo fuerte de que hay personas que no se dejarán intimidar y que intentan llevar adelante sus empresas con vigor y creatividad.

Lo que he dicho del Matching vale también para nuestro trabajo cotidiano que se desarrolla en las exigencias de nuestros asociados, sobre todo en este período, para poner en juego con creatividad todo aquello que tenemos, para individualizar juntos servicios nuevos que puedan demostrarse concretamente útiles desarrollando el apoyo del crédito, la cooperación entre las empresas, la innovación en los productos y los procesos, la individualización de nuevos mercados en Italia y en el extranjero.

UN DESEO

Deseo que esta asamblea se convierta para cada uno de nosotros en una invitación a esforzarse con todo su ánimo. Que el carisma de don Giussani, que don Carrón nos propone con toda su autenticidad y en toda su potencia, nos permita vivir el trabajo con una positividad inaudita, con una capacidad de construcción inimaginable, con una afectividad alentadora y una inteligencia prudente y audaz.

No sabemos qué nos espera, pero sabemos cuál es la meta, no sabemos qué se nos pedirá, pero sabemos que todo nos es dado.

Quiero cerrar esta asamblea con una cita de John Henry Newman que muchos de vosotros conocéis ya, y que expresa bien una analogía histórica de la situación de hoy:

“San Benito encontró el mundo social y material arruinado, su misión fue ponerlo de vuelta en su lugar, no con los medios científicos, sino con los medios naturales, no con la pretensión de hacerlo en un tiempo determinado o utilizando un remedio extraordinario o por medio de grandes gestas: sino en un modo calmo, paciente, gradual, que muy a menudo se ignoró a este trabajo hasta que estuvo terminado. Se trató de una restauración más que de una obra caritativa, de una corrección o de una conversión. El nuevo edificio, que es lo que ayudó a nacer, fue más un crecimiento que una construcción. Hombres silenciosos se veían en la campaña o en la floresta, excavando, desenterrando y construyendo, y otros hombres silenciosos, que no se veían, estaban sentados en el frío del claustro, cansando sus ojos y concentrando sus mentes para copiar y recopiar penosamente los manuscritos que se habían salvados. Ninguno de ellos protestaba por lo que hacía, pero poco a poco los bosques pantanosos se convirtieron en ermitas, casas religiosas, granjas, abadías, pueblo, seminario, escuela y por último en ciudad” (John Henry Newman)

Las condiciones son distintas, pero la dinámica es exactamente la misma. Os agradezco por vuestra participación y vuestro testimonio. ¡Buen trabajo!